

Rizos blancos

Rizos blancos, un cigarrillo. La música suena, y el reloj no avanza. Cocino mi mente marchita en el horno; un cúmulo de papeles arrugados. Hoy se me ha olvidado regar las ventanas del pasado, mi jardín ha muerto. Cuando pequeña rumiaba con sábanas desordenadas, quería estirarlas, pero no sabía de dónde salían. Hoy mi reflejo me ha dicho de dónde salen. A mi edad ya ni logro apagar los cigarrillos reposando en mi colchón. No quiero ser como ellas, sálvame, me digo.

Rizo mis rulos rubios con malboros rojos, uno por uno, y me miro al espejo. Ya no eres una nena, me digo. Me dibujo un lunar en el labio. Espero a mi esposo. Dios, no quiero ser como ellas, me digo. Me ha servido una copa amarga, y he encontrado un pelo blanco en él. Con mis dedos de aguja recorrí el trago, para encontrarlo, y sepultarlo. Pero no lo encontré.

Prendo el Jazz, cierro los ojos. No quiero ser como ellas. Pero ya es muy tarde, me digo. Al menos eres amada, me dicen mis amigas, pero los días son nublados, y cuando la música suena, no son sus zapatos con los que mis tacones bailan. Soy rizos rubios con él, y con mi esposo, rizos blancos. No soy como ellas con él, y con mi esposo, sueño con ser una nena.

Él entra tarde, como siempre, y su sombra pesa más que su cuerpo. Me mira como si esperara que la cena le supiera a algo más que cigarrillos, pero yo no sé cocinar otra cosa. Se sienta, apoya la cabeza en la mano, y juntos escuchamos el reloj avanzar. Las nenas, mi locomotora, muerte e infancia. Esas nenas ahora usan pestañas postizas para dormir, porque desean ser bellas para siempre.

Eres como ellas, me digo. Como las que salían escuálidas a las calles con solo alas de clavículas que las sostenían. De las que le daban caladas a los cigarrillos toda la noche, y al otro día tenían la piel tersa. Pero las nenas se han esfumado, y ahora son solo mujeres que fueron bonitas.

Plancha a las nenas, esas sábanas que nunca doblan bien. Cuelgalas en el patio, y deja de llorar, me digo. Cocinale sus cigarrillos en la sartén, pienso mientras lo miro y me digo, soy como ellas. De esas que aún usan pestañas falsas entre sus arrugas, y encuentran dignidad en ello. Una espina de dignidades, me digo, pero qué más da, no conozco más que un cosmetiquero. Lo cierro y lo guardo. Hoy, las nenas no despertarán.

